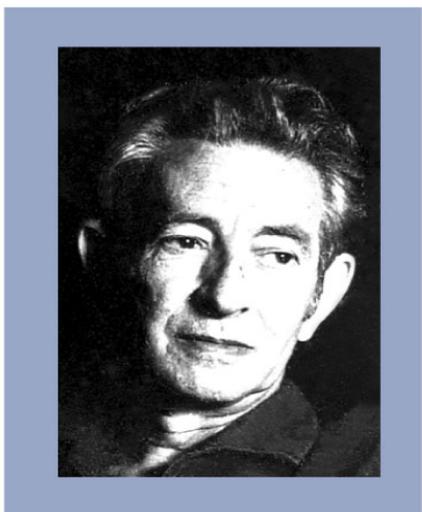


Dionisio Ridruejo

MATERIALES PARA UNA BIOGRAFÍA



FUNDACION

 Banco Santander



DIONISIO RIDRUEJO

DIONISIO RIDRUEJO

***MATERIALES PARA UNA
BIOGRAFÍA***

Selección y prólogo de
Jordi Gracia

COLECCIÓN OBRA FUNDAMENTAL

FUNDACION

 Banco Santander

© Sucesores de Dionisio Ridruejo
© Fundación Banco Santander, 2005
© De la introducción y de la selección, Jordi Gracia

Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el artículo 534-bis del Código Penal vigente, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagieren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-92543-85-4

ÍNDICE

La aventura de la integridad, por Jordi Gracia

I. LA FABRICACIÓN DE UN FASCISTA (1934-1951)

LA ESPERANZA POLÍTICA

Confidencia literaria

Privilegios de un poeta joven

Artículos de batalla

Cartas desde el frente

Los cuadernos de Rusia

Desengaño franquista y cartas del confinamiento

REPELUZNO ANTE LO INFINITO

Diario de una tregua y otros artículos

Informe a Franco

La Italia democrática

II. LA PEDAGOGÍA DE LA DEMOCRACIA (1952-1975)

EL OPTIMISMO DEL REFORMISTA

Con *Revista* y sin horizonte

Los romances de un *alborotador*

Informe a Falange sobre febrero de 1956

ARMAR LA REFORMA DEMOCRÁTICA

Las declaraciones en *Bohemia* y otro romance

Explicaciones para *Escrito en España*

Otros artículos, otras cartas y nuevos conspiradores:

Mañana

INTERMEDIO LÍRICO CON UN RELATO DE INFANCIA Y UNA PROSA VIAJERA

LA VALENTÍA DE LA MEMORIA

Memoria de Burgos y Cataluña (1937-1944)

EPÍLOGO PÓSTUMO

JORDI GRACIA

LA AVENTURA DE LA INTEGRIDAD

COMPROMETER EN UNA SOLA PALABRA la trayectoria de una persona roza el desatino y es en todo caso una temeridad. Pero ninguno de los dos riesgos debería disimular la convicción de fondo que vertebra los materiales reunidos en este tomo: se trata de componer una biografía intelectual y política de Dionisio Ridruejo con los estratos sincrónicos y múltiples de un hombre incesantemente simplificado, parcheado, segregado, reducido a pedazos sin conexión entre sí o perfectamente ignorado. Hasta hace poco tiempo, su hijo debía confesar que la evocación espontánea de su padre seguía siendo la del fascista de la guerra, o la del divisionario en Rusia, o la del agitador falangista desde las páginas de la revista *Arriba*. Incluso personas con trayectorias y perfiles tan dispares como Javier Pradera y Jordi Herralde han podido asistir a escenas semejantes o evocaciones de Ridruejo orientadas hacia el mismo sesgo con fundido negro final... ¡en 1942!, como si tan sólo el episodio juvenil de un fascista hubiera quedado en nuestra memoria histórica. Es verdad que la iconografía de la guerra y la misma propaganda se encargaron por

entonces, hace sesenta o setenta años, de difundir abrumadoramente la imagen recortada de un joven enjuto y fibroso, vital y tenso, orador uniformado y florido y quizá incluso un punto demagogo en la empresa de levantar ánimos y alentar convicciones..., que es posible que él mismo no viera del todo claras pero a las que se entregó con ardor fogoso y perfectamente insensato.

Quizá ahí esté el origen de esa vacuna higiénica que iba a desarrollar desde muy temprano y, por decirlo así, contra sí mismo, o contra sus peores instintos: contra el autoengaño fantasioso, contra la ilusión infantiloides, contra el pensamiento simplón de la propaganda política; puede que ahí anide el descubrimiento de un principio que iba a ser vital en el futuro de Ridruejo, y que no acierto a designar mejor que con esa virtud rara y móvil de la integridad, más fiel a las razones morales y el raciocinio mismo que a las convicciones inmaculadas y rígidas, o ahistóricas y puras, como si hubiesen sido paridas de una vez y ya no creciesen ni mudasen, ni el mundo mudase tampoco. La integridad no es enemiga del cambio sino de la mentira, de la farsa, del camelo y la comedia, y Ridruejo supo en propia carne hasta qué catástrofes personales podía llevar la inmadurez de las convicciones vividas a fondo por personas, como él, optimistas de natural y vitalistas biológicos, con la suerte histórica de cara y una cierta oportunidad política de poder. Y de ahí a componer el mejor gesto para el teatro político va un paso muy corto que Ridruejo dio entre 1937 y 1942 pero no volvió a dar nunca más, lento aprendiz desde

entonces de otra mentalidad menos fantasiosa y más razonable, más segura de las resistencias que opone la realidad a su modificación y más fiable también en su modo de analizarla. Quizá por eso es hoy, y no paradójicamente, el mejor intérprete español del fenómeno fascista y falangista, y es también un prematuro y convencido precursor de la socialdemocracia en España como herramienta de inserción en la Europa moderna.

Este segundo Ridruejo es, en realidad, el único Ridruejo adulto que hubo. Y no porque en 1942, a la vuelta de su expedición a Rusia como divisionario, empezase una evolución política e ideológica hacia posiciones liberales, porque no hubo tal. Lo que hubo entonces fue una orgullosa ratificación en sus convicciones fascistas: un acto de integridad que le llevó a señalar a Franco el rumbo erróneo del nuevo Estado, su desengaño ante la miserable institucionalización del nuevo poder, revanchista y muy chato de aspiraciones, claudicante ante el inmovilismo más reaccionario de la Iglesia y las huestes de Acción Católica. No se estaba haciendo demócrata entonces; se alejaba más bien del poder porque era un poder traidor al ideal fascista en su mismo reaccionarismo antirrevolucionario. Quizá sólo a partir de entonces, cuando empieza su lenta deriva introspectiva y analítica, solitaria y lectora, comienzan a gestarse las bases para una depuración matizada y humilde, sin ninguna premura ni convicción sustitutiva o compensadora. Son los pasos que habrán de llevarle a otro orden de creencias y a la renuncia de toda fe que no sea la

más estricta y privadamente religiosa, como si de veras la adolescencia se le hubiese prolongado hasta que fue capaz de escribir, y difundir entre sus viejos camaradas, su «Canto en el umbral de la madurez», en 1944 y con algo más de treinta años. Para lo demás aprenderá a vivir a la intemperie de la razón crítica, dentro de una ancha horquilla humanista, de tradición ilustrada, macerada en el escepticismo culto y hedonista de quien ha dejado de creer en principios redentores absolutos (y ni siquiera relativos).

Es esta extensísima franja de vida la que ha permanecido al margen del presente de nuestra historia, como si tuviera todos los números para ser el perfil más incómodo de una transición muy cauta, e incómodo para todos porque a todos exigía demasiadas explicaciones. Tras el repliegue de las pulsiones revolucionarias de los años sesenta y setenta, no era fácil explicar, en plena fábrica democrática, y con una creciente clase media y moderada, que Ridruejo había andado tras ese mismo espacio social y político desde 1957, por mucho que en su juventud hubiera sido un fascista totalitario convencido de la razón hitleriana. ¿Cómo explicar que había sido un socialdemócrata engendrado en el corazón de un desengaño ideológico y con la esperanza de un horizonte de ciudadanía netamente europea?

Las explicaciones largas no caben en eslóganes políticos y la complejidad del caso estriba por tanto en dos cosas: la dificultad de aprender a leer retrospectivamente su comportamiento y la necesidad de hacerla sin asociar a todos los vencedores con la canalla pura (aunque la

hubiese, desde luego). La integridad suele estar animada por el coraje de la independencia, y suele vivir emboscada, sin mucho relumbré público; y aunque lo mejor que puede hacerse con los héroes es ahorrárselos, el desafío de la integridad consiste en cargar con ella aquí o allá, cuando se dispone del poder, o se está cerca de él, y cuando apenas hay nada que repartir, como le sucedió a Ridruejo al menos desde 1956, si no antes. Lo paradójico es que su modélica evolución intelectual y política haya seguido sepultada en una especie de circuito periférico o sensiblemente marginal. La educación democrática no consiste sólo en el aprendizaje de las leyes y los reglamentos del presente o del futuro, sino en la comprensión cabal e íntegra de lo que ha sido el pasado, particularmente si ese pasado histórico se ha hecho con mimbres traumáticos y bajo una dictadura. La peripecia de Ridruejo desafía toda forma de simplificación, que es la única auténtica enemiga del conocimiento (como le gusta repetir a Claudio Guillén), y por eso quizá ha debido esperar mucho tiempo para que haya algún impulso rehabilitador de su valor modélico, incluso más allá de su sentido estrictamente político. Hoy su semblanza ha de subrayar la excepcional calidad de su prosa —por encima de una sobrestimada poesía de juventud—, pero no debe callar ni al articulista ni al crítico, al viajero o al animador de actividades de resistencia de perfil blando (unos ensayos, una editorial, una revista) o duro (un partido político abiertamente de oposición, como el PSAD), ni tampoco a algo más sutil, al ejemplo moral que

fue para muchos compañeros de armas y edad y al que fue también para otras camadas, muchachos más jóvenes y decididamente desengañados de una revolución pendiente que él había predicado y esperado en la primerísima posguerra.

Todavía estamos lejos de poder contar con solvencia cada tramo de su compleja peripecia, pero esta antología aspira a reunir los textos que permiten calar hondo en lo que es un sujeto que piensa y cambia, que asume el riesgo de justificar sin tapujos las razones de su deserción ideológica y política y también sus horizontes de futuro como conspirador antifranquista. Lo que se pueda deber a este tipo de personajes es difícil de cuantificar, y quizá el desinterés de la democracia por su papel haya complicado las cosas todavía más: una lección no obstante parece rotundamente cierta y difícil de rebatir. La intensa inmersión en el pensamiento totalitario puede ser la mejor vacuna protectora para neutralizarlo en el futuro, para controlar las pulsiones redentoristas e irracionales que justifican su misma y corrupta desviación. La desintoxicación del totalitarismo es prepolítica, moral, antes que ideológica, y ésa fue la ruta lenta —civilizatoria— que dibujó Ridruejo en su trayectoria, sin saber demasiado bien hacia dónde iba pero sí de qué búnker de mitos y desmanes huía. La convalecencia de esa enfermedad es necesariamente larga y pasa por el entendimiento racional y pragmático del mundo, la vocación inteligente antes que sumaria y ejecutiva, la precaución de no dañar con grandes

ideas y medios poderosos el difícil, frágil equilibrio del bienestar colectivo en aras de transformaciones perpetuamente aplazadas. Del cuadro ideológico falangista progresó hacia el reformismo socialdemócrata, o como le dice a Vicente Ventura en una formidable carta de 1964, «una izquierda sin retórica y sin superstición, muy liberal de base». Pero sin duda también hubo antes una transformación todavía más primordial, de orden moral y no político: el aprendizaje de una tradición intelectual, el humanismo ilustrado, que tenía herederos en la posguerra en personajes como Josep Pla, Pío Baroja, Azorín, u otros intelectuales renuentes a las medidas expeditivas y desde luego nada dispuestos a encender el fuego de la retórica porque suele encender teas reales, como sabía por experiencia propia Ridruejo. Su muerte en 1975, unos meses antes que la de Franco, dejó sin tutelaje eficaz al nuevo partido político que acababa de fundar, pero dejó también *in albis* a una gran parte de la población sobre el nombre y los haberes de algunos de quienes abrieron la brecha para una España solidaria y democrática.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

LAS MEJORES FUENTES para acceder a la trayectoria intelectual de Ridruejo son todavía sus propios libros, pese a la escasa circulación de ediciones que son ya antiguas, casi todas descatalogadas o poco accesibles. Sin embargo,

existe una primera biografía, redactada por quien fuera su secretario personal entre 1971 y 1975, Manuel Penella, titulada *Dionisio Ridruejo, poeta y político* (Salamanca, Cajaduero, 1999); y hay información sobre el autor en el libro de Mónica y Pablo Carbajosa *La corte literaria de José Antonio* (Barcelona, Crítica, 2003), y siguen siendo del todo indispensables los dos capítulos que cerraron un homenaje publicado en 1976 a instancias de varios amigos, *Dionisio Ridruejo, de la Falange a la oposición* (Madrid, Taurus, 1976). Allí prepararon dos íntimos colaboradores de Ridruejo, Fermín Solana y María Rubio, una biocronología meticulosa y una «Aproximación a una bibliografía» del autor que es, con mucho, el mejor repertorio sobre las colaboraciones periodísticas y literarias de Ridruejo en diarios y revistas. El volumen contiene también numerosos trabajos de amigos y colaboradores de Ridruejo, entre los que destacan los textos de Juan Benet, Gonzalo Torrente Ballester, Francisco Fernández Santos o Julián Gorkin. Más recientemente apareció, bajo el título de *Memorias de una imaginación*, una muestra de *Papeles escogidos e inéditos*, a cargo también de Manuel Penella (Madrid, Clan, 1993), que a su vez ha sido responsable de la edición de uno de los dos tomos de la poesía de Ridruejo editados en la colección universitaria de Castalia, *Cuadernos de Rusia. En la soledad del tiempo. Cancionero de Ronda, Elegías*, en 1981, de acuerdo con el plan de publicación de su poesía completa que había trazado Ridruejo antes de morir, y del que él mismo dio cuenta en *Primer libro de amor. Poesía en*

armas. Sonetos (Madrid, Castalia, 1976) con un prólogo espléndido que por razones de espacio he debido excluir de esta antología. Antes de ese proyecto, Ridruejo había reordenado, corregido y aumentado su volumen anterior de poesía completa, *En once años* (Editora Nacional, 1950), ahora con el título *Hasta la fecha. Poesías completas, 1934-1959*, publicado en Madrid por Aguilar en 1961 con prólogo de Luis Felipe Vivanco. Desde ese momento quedaron dispersos y han sido muy mal conocidos al menos dos libros más, *Cuaderno catalán*, de 1965, y *Casi en prosa*, de 1972, ambos publicados por las ediciones de Revista de Occidente. Algunos de esos poemas los recopiló Luis Felipe Vivanco en su antología (también póstuma: Vivanco moría ese mismo año de 1975), *Poesía*, publicada por Alianza Editorial al año siguiente, y alguna vez reimpressa con el excelente prólogo de Marià Manent.

La accesibilidad del resto de publicaciones de Ridruejo es mucho más problemática. Sus dos gruesos tomos de 1973 y 1974, *Castilla la Vieja*, se reeditaron en los años ochenta en la colección de bolsillo de Destino, y en Destinolibro se han reimpresso también *Diario de una tregua*, en 1988 (la edición original era de 1959 y con el título *Dentro del tiempo*), y *Sombras y bultos*, en 1983. La edición de César Armando Gómez recogía una valiosa muestra de los artículos que había ido publicando en los años setenta en el semanario *Destino*, mientras que el lugar al que fue a parar otra parte importante de aquella valiosa colaboración fue el tomo *Casi unas memorias*, publicado por Planeta

póstumamente, en 1976, y que incluía el texto inacabado de sus memorias. El volumen se complementó con artículos, textos, cartas y fotografías que permitieron a muchos por primera vez hacerse una idea cabal de la trayectoria de Ridruejo más allá del puro estereotipo. Planeta fue, en todo caso, quien asumió también la edición en 1978 de *Los cuadernos de Rusia*, diario de la campaña de Rusia como integrante de la División Azul, transcrito de siete cuadernos manuscritos, según explicaba el mismo César Armando Gómez en un escueto texto introductorio al volumen. Otros dos tomos de artículos habían aparecido muchos años atrás, el primero, *En algunas ocasiones. Crónicas y comentarios, 1943-1956* (Madrid, Aguilar, 1960), después de algún intento fallido de reunir sus artículos del momento, y el segundo, *Entre literatura y política*, en 1973, con una valiosa y extensa entrevista de Rosa María Echeverría, y publicado en la colección Hora H de Seminarios y Ediciones, dirigida por otro íntimo colaborador de Ridruejo, Pablo Martí Zaro. En su origen también debió de haber sido un compendio de artículos el libro de análisis político más importante del autor, *Escrito en España* (Buenos Aires, Losada, 1962, con segunda edición al año siguiente; también en Losada apareció en 1967 la antología hecha por el propio Ridruejo de *122 poemas*), aunque prefirió al fin refundir escritos dispersos para dotarlos de una continuidad y estructura propia, además de redactar una impecable síntesis autobiográfica con la que el libro se abría y que el lector verá en otro

lugar de este tomo. Los textos inéditos que selecciono proceden del Archivo Dionisio Ridruejo, custodiado en la actualidad en el Archivo General de la Guerra Civil de Salamanca, y, por último, agradezco a algunos amigos — Jordi Amat, Marcos Maurel, Marcelino Jiménez— la eficacia material de la ayuda que me prestaron con algunos de los trabajos recopilados.

J. G.

I. LA FABRICACIÓN DE UN FASCISTA (1934-1951)

LA ESPERANZA POLÍTICA

LA FE DE POETA fue más duradera en Ridruejo que la fe de falangista, y también el poeta había nacido antes que el político vocacional. Las ganas de los versos son muy precoces en su biografía y, a pesar de las intermitencias, incluso en los dos últimos años de su vida habían de aparecer dos nuevas colecciones de poemas. Una de ellas, *Cuadernillo de Lisboa*, se difundió desde la revista *Peñalabra*, de Santander, en junio de 1974 y estaba inspirada en la revolución de los claveles portuguesa mientras que los poemas de *En breve* aparecieron en 1975 en un número de homenaje de la histórica revista *Litoral*, de Málaga. Ridruejo pudo llegar a verla antes de su ingreso en el hospital Clínico, donde moriría la noche del 29 de junio. Apenas un mes y pico antes se había reunido en el hotel Mindanao de Madrid una apretada nómina de escritores y amigos en torno a él. Por la tarde, Camilo José Cela había presentado en la librería El Brocense de Madrid los dos tomos de la última obra de Ridruejo, la guía *Castilla la Vieja*, pero el acto serviría a su vez para dar un respaldo casi explícito a lo que habría de ser la formación política de Ridruejo para el ya visible y por fin inminente futuro sin Franco: la Unión Social-Demócrata Española, la USDE.

Dada esa naturaleza de su poesía, casi siempre confesional o motivada por una experiencia inmediata, he roto el orden cronológico y he preferido agrupar sus poemas en dos secciones, una para cada parte. Y he roto un poco más el orden para abrir este primer bloque de poemas con un texto en prosa, pero ese texto es una *Confidencia literaria* que no ha vuelto a publicarse desde que apareció en 1944. Ridruejo aceptó la invitación de Juan Ramón Masoliver para colaborar en una sección de la revista *Entregas de poesía* (núm. 9, septiembre de 1944) pensada para oír la voz de los poetas sobre su obra, sus criterios literarios, sus modelos. Ese año está muy cerca de la primera pausa larga de Ridruejo como poeta, y el texto mismo viene a cerrar a modo de recapitulación lo que han sido sus primeros ejercicios literarios. De hecho, entre 1939 y 1944 publica al menos seis libros de poemas, y aún ha de aparecer en 1948 el tomo de *Elegías*, escritas entre 1943 y 1945, y por fin, en 1950 lo que Ridruejo entiende como su poesía completa de juventud bajo el título *En once años*, en Editora Nacional, como algunos otros de sus libros anteriores. Ese año, además, pudieron concederle los amigos el Premio Nacional de Literatura que no habían podido otorgarle en 1943 a causa del veto que pesaba sobre él, y el reciente confinamiento decretado por Franco.

Los *Sonetos a la piedra*, que habrían podido llevarse ese premio en 1943, se cerraban con un colofón de autor. Explicaba allí Ridruejo que el libro «fue emprendido en la primavera de 1935 e iba más que mediada la composición

en el verano de 1936. No obstante, el último de sus sonetos queda fechado en 1942», aunque su impresión, en formato grande y con ilustraciones originales del pintor José Caballero, no estuvo lista hasta finales de 1943, en noviembre. Algunos poemas habían aparecido antes en *Escorial*, en 1941, pero entonces ninguno de ellos llevaba las dedicatorias que incorporaría a la primera edición del libro: en ellas se censa poco menos que la nómina completa de sus colaboradores en la Oficina de Propaganda de Burgos en 1938. *Poesía en armas*, publicado en 1939 por las ediciones Jerarquía, que fueron el origen de la Editora Nacional, reunía los poemas de urgencia escritos durante la guerra, con vocación de combate, y por eso subtuló el libro en ediciones posteriores *Cuaderno de la guerra civil*. Algún poema está escrito ya en la cura de reposo que vive en un pueblo menudo del Montseny, El Brull, el mismo abril de 1939 en que termina la guerra, y también de entonces ha de ser la dedicatoria «A Pilar Primo de Rivera, por la memoria y la esperanza». Pero el pequeño librito va precedido de un breve texto autojustificativo que vale la pena ver:

«Estas páginas de poesía, publicadas hoy como un folleto de nuestra Propaganda, no constituyen realmente un libro, sino —a lo más— su primera entrega. No concluye aquí, por lo tanto, mi aportación poética a la exaltación del heroísmo Español [*sic*] y a la pasión de España, es decir: mi “poesía en armas”.

Quien se ha puesto a servir sin condiciones no puede dar por concluido su servicio sino en el mismo día de su muerte.

Respecto a algunos de los poemas, se advertirán variantes —a las que no soy aficionado— respecto a su primer texto publicado en periódicos o revistas. Es una revisión mínima que se ha hecho necesaria por el tiempo de urgencia en que se dieron antes. Queda así establecido el texto auténtico, por no decir —¡Dios sabe el porvenir! — el definitivo».

Fueron libros de una considerable resonancia entonces, tanto el que fuera el cancionero de la guerra *Poesía en armas* como los famosos y reverencialmente entronizados *Sonetos a la piedra*. Antes de todo eso, sin embargo, y todavía en 1939, el buen amigo que era desde Burgos Juan Ramón Masoliver, y que ahora es visita asidua de Ridruejo en su retiro de El Brull, se hacía cargo en su nueva editorial Yunque de otro título, *Primer libro de amor*, con nuevos poemas redactados entre 1935 y 1939: venían a ser la expresión de otra cara de un mismo poeta de inspiración clásica, seducido por la retórica épica y guerrera pero también muy decididamente por la poesía clásica española, por sus estrofas, sus imágenes y recursos, incluidos sus temas amorosos y sus tópicos expresivos.

Hay todavía una segunda *Poesía en armas*, de 1944, pero subtitulada *Cuadernos de la campaña de Rusia* porque procede de su experiencia en la División Azul y de la escritura caliente, en vivo, de los cuadernos que lo

acompañaron entonces: poemas a los primeros muertos de la División, a la experiencia de la guerra, a los compañeros de trincheras, la tierra rusa, el frío. Todavía, sin embargo, ha de rescatar y reescribir un poema anterior, la *Fábula de la doncella y el río* (que también coloca Laín Entralgo en la Editora Nacional que dirige), o escribir poemas nuevos como en su mayoría son ya los que integran un libro que registra su paso por Ronda y, desde 1943, Llavaneras, su primera aclimatación a la vida privada y a una introspección de orden moral que apaga el tono vibrante o líricamente retórico de su primerísima poesía. Ese libro es *En la soledad del tiempo*, de 1944; lo publica en Barcelona la editorial Montaner y Simón en la fugacísima colección que dirige el propio Ridruejo en aquella histórica casa.

Es mucha poesía y son muchos poemas en pocos años de enorme actividad, y el lector en cambio advertirá que mi selección ha sido casi exigua y que, además, he preferido abrirla con un texto en prosa que recapitula en clave autocrítica esa primera etapa de su poesía. Sin embargo, ese ensayo va más allá de la meditación de un autor en tránsito hacia otra poesía porque lo escribe alguien que empieza a digerir experiencias políticas y desafíos personales con costes directos: la desilusión afectiva de la Victoria todavía no es decepción ideológica pero sí empieza a empañar gravemente el cristal de esperanza totalitaria que se abrió en abril de 1939. Sus poemas de los años treinta, cuando todavía no es militante falangista y cuando lo es ya, desde 1934, no varían sustancialmente ni el tono

ni el estilo desde ese punto de vista: la militancia falangista no atañe apenas al natural proceso de aprendizaje de un poeta en agraz, premioso e impaciente. De su primerísimo libro, *Plural*, de 1935, se arrepiente casi al mismo tiempo en que lo publica, y apenas llegó a rescatar algún poema de esa etapa, entre otras cosas porque hacia 1935, 1936 y en adelante se decide a ensayar con formas líricas todavía de estirpe clásica, pero también descubre a algunos otros poetas de inspiración más moderna, como Pedro Salinas, o el más visiblemente vanguardista Gerardo Diego. Sus poemas se publican en las mejores revistas de guerra del lado franquista, como *Jerarquía* o *Vértice*, donde aparece su soneto a Mussolini.

Algunas de estas cosas las cuenta Ridruejo en la *Confidencia literaria*, pero es sólo el anticipo de lo que escribió en 1975, cuando redactó el prólogo general a la edición anotada de su poesía en la editorial Castalia bajo un título muy explícito: «El autor se comenta a sí mismo». Allí proponía una determinada ordenación de su obra poética, de acuerdo con lo que fueron las sucesivas y renovadas revisiones a que la sometió. El modo en que se ha dispuesto esta antología, sin embargo, quiere invitar a leer esos poemas de la primera etapa muy cerca de los otros textos que escribió Ridruejo entonces, en su faceta política de articulista, propagandista y jerarca de Falange. Y es llamativa la sincronía en que fueron escritos los poemas más inspiradamente personales y emotivos —sus enamoramientos y decepciones, sus separaciones y

soledades, sus pesares de joven apasionado— y aquellos otros que invocaban la guerra y el nacionalismo fascista sentido como compromiso político radical, aquellos poemas que fue escribiendo desde el mismo verano de 1936, con la guerra ya empezada, y no dejó de redactar en los años siguientes, en la larga experiencia rusa.

La poesía siguió siendo hasta su muerte un dietario personal que no admitía demora, que se escribía en el acto y se publicaba en lo posible de manera impetuosa: sus poemas cartografiaban voluntariamente, aunque velando las pistas más confesionales, los afanes y las deudas emotivas, tanto si su razón es la vida sentimental y erótica como si lo es la esperanza de llegar a Moscú, la inmediata victoria en la guerra civil o la lenta erosión de convicciones poco antes incommovibles. Éste es el caso del «Canto en el umbral de la madurez», que se integró después en el libro *Elegías*, aparecido como número 50 de la colección «Adonais» en 1948, y que fue desde el primer momento decisivo en ese tramo de su biografía interior. Y no por casualidad ese poema fue difundido en copias manuscritas y editado por Juan Ramón Masoliver en la misma *Entregas de poesía* (13, enero de 1945): algunos de sus amigos falangistas se vieron reflejados en una semejante decepción ante el nuevo Estado de Franco y la disolución en ese poder del programa ideológico falangista. También es fácil detectar ese distinto estado de ánimo de los poemas escritos en Ronda e incorporados a *En la soledad del tiempo*, además de las cartas inéditas a Antonio Tovar o a Miguel de Echarri, en

ese confinamiento que lo puso en un futuro interrumpido o de vida detenida y en una maceración cuyos frutos iban a ser tardíos.

Los poemas de amor a *Áurea* tienen también origen biográfico, y muy probablemente ocultan el nombre de una nieta de Antonio Maura, Marichu de la Mora, falangista como Ridruejo y por cierto mediadora en su primer encuentro con José Antonio Primo de Rivera en La Gran de San Ildefonso, en el verano de 1935, junto con Agustín de Foxá, Ernestina de Champurcín y algunos otros, según detalla Manuel E. Penella en *Dionisio Ridruejo, poeta y político*. La decepción lírica por una llamada no atendida y esperada, tan saliniana de escritura y asunto, convive con las arengas militantes y subversivas de un revolucionario que no entraría en combate pero incendiaría los ánimos desde *Arriba*, cuando llame incansablemente a la revolución, más que a la victoria, en 1937. Sus artículos son propagandísticos —como lo eran algunos de sus poemas, según él mismo— pero también muy expresamente doctrinales, para mostrar su rechazo a la fusión que dicta Franco en 1937 entre Falange y el tradicionalismo carlista, lo que en la práctica vino a neutralizar el afán revolucionario de los falangistas briosos de la primera hora (a pesar del acendrado catolicismo de la mayor parte del falangismo, y desde luego de Ridruejo). En 1938 defendía el Movimiento falangista como esa especie de alerta constante que corrige la parálisis inherente al Estado, y en 1940 reafirmaba la necesaria resurrección del

inconformismo pese a la Victoria, o precisamente por la victoria misma, para seguir siendo «puros e irritados, disconformes y críticos, contra el término medio y la cochambre, contra la habilidad y la transigencia, contra las tentaciones de descanso, contra el miedo a la enemistad», como escribe en el «Manifiesto irritado contra la conformidad» que verá el lector más adelante, publicado en *Arriba*.

Este y otros artículos anuncian más cosas de las que aparentan: no sólo la voluntad política de armar un nuevo Estado con vocación transformadora sino la necesidad de hallar lugares imaginativos y propios donde ejercer esa nueva política de Falange que no parece ser exactamente la de Franco. De ahí que en el mismo año del artículo que acabo de citar, 1940, Ridruejo ponga en marcha desde Falange, y junto con Laín Entralgo, Antonio Tovar, Torrente Ballester, Antonio Marichalar (que venía de *Revista de Occidente*) y bastantes más, la revista *Escorial* con su sala de exposiciones, conferencias y tertulia. El manifiesto que abre el primer número invitando a abrir la revista más allá de los vencedores tiene casi su continuación práctica unas páginas después, donde se lee el prólogo de Ridruejo a la *Poesía* de Antonio Machado que publicará Espasa-Calpe, «El poeta rescatado». Ambos eran gestos que hay que leer como respuesta de los intelectuales de Falange a la opresiva violencia revanchista e intransigente del poder contra los derrotados y exiliados (porque demasiado bien sabían el valor de lo exiliado o sepultado bajo tierra).

Actúan en aquel primer sistema franquista como disidencia culta dentro del poder, como un intento de elevar el nivel de la cultura del nuevo Estado rescatando lo que fuese posible integrar en los nuevos esquemas. Los buenos deseos de aquel proyecto podían ser ciertos pero chocaban con la obscena evidencia de la represión impune, directa y despiadada, de manera que viene a resultar un gesto testimonial que favorece la estima actual por aquella aventura, y al mismo tiempo dota a la revista de excelentes colaboradores, no todos pero sí casi todos ellos en el bando vencedor durante la guerra. El equipo de *Escorial* está hecho de profesores y escritores con experiencia literaria anterior a la guerra, fascistas en su mayor parte, pero también comprometidos con lo que ellos llamarían «cultura en la alta manera», lo que difícilmente podía obviar la ejecutoria literaria y cultural de los derrotados. El arrepentimiento al que alude otro artículo de Escorial, anónimo, como el primer editorial, pero también de Ridruejo, es el de aquellos que buscaron cobijo en las estructuras del nuevo poder, en el que evidentemente estaba *Escorial*, y toma como modelo el comportamiento de Azorín, excesivamente obsequioso en su afán camaleónico de entonces para lo que era la función que los jóvenes fascistas esperaban de él y algunos otros, como el propio Baroja.

Pero en medio de esa empresa de reciclaje útil de algunos derrotados, Ridruejo prefiere emprender la ruta de la guerra en el frente ruso para sumarse a las fuerzas del

nazismo con la División Azul. Es una aventura físicamente ruinoso pero ideológicamente convencida, impulsada por un rebrote de idealismo político y con bríos heroicos. Sale en busca de la conquista de una Europa íntegramente fascista como arma con efectos interiores: la fascistización auténtica del propio régimen de Franco, y verdadera solución política para contrarrestar el catolicismo tradicionalista, el integrismo intolerante y el conservadurismo que combatió como falangista. Su regreso de Rusia no le aparta de semejante convicción sino al contrario: las cartas de 1942 desde Ronda muestran a un impaciente soldado en la retaguardia, a la espera de un pretexto para volver al campo de batalla en ayuda de las fuerzas del Eje, si no en retirada, ya debilitadas. Es verdad sin embargo que es por entonces cuando revisa las notas que ha ido tomando en Rusia en sus cuadernos y que han de permanecer inéditas hasta 1976 (aunque las cita alguna vez, como en el artículo en que contesta a la carta abierta de Laín Entralgo). Con la precaución de no haber visto los manuscritos originales, sí conviene añadir que Ridruejo empieza a registrar ahí una forma de maduración interior que aún no tiene réplica política pero parece educar al escritor en el aprecio de la experiencia empírica más que de la imaginación mítica o totalitaria: es el tramo que abarcan los artículos de 1944-1946.

Desde el hospital en Berlín, donde se repone en enero de 1942 de su estado de extrema consunción, Ridruejo escribe algunas cartas y una serie de doce crónicas sobre la

División Azul destinadas al diario *Arriba*. Excepto un par de reportajes más, el resto apareció firmado con el seudónimo de Andrés Oncala y un valioso testimonio. Presta también una lente de aumento sobre la fascinación de la acción y la violencia, el brillo de la guerra y el heroísmo exaltado (el de Agustín Aznar, viejo amigo, el de Enrique Sotomayor, joven ideólogo y referente del SEU, su cuñado Luis Hermosa, los primeros caídos). Todo ello funciona como contrafigura desdeñosa de la paz burguesa y fraudulenta en que vive su propio país con Franco. Por eso el regreso en abril de 1942 no puede ser más que una cadena de renunciaciones a sus cargos en la Falange y el Estado, además de dimitir como director de *Escorial* y escribir a Franco y a otros ministros, entre ellos Serrano Suñer y Blas Pérez, razonando su disconformidad con la construcción del nuevo Estado, su insatisfacción con el bajo perfil falangista y totalitario del nuevo poder... La respuesta de Franco fue benevolente para sus usos habitualmente criminales. Y al igual que en 1937 parece que el general Monasterio salvó la vida al insolente falangista que discutió con Franco el decreto de Unificación, ahora puede haber sido Serrano Suñer quien propicie el castigo menor: confinamiento desde el verano de 1942 en el remoto pueblecito que era entonces Ronda... y el inicio de un período crucial de su biografía interior, todavía con la plena firmeza de sus convicciones falangistas. Así aparece sin ambages en el epistolario íntimo con amigos de entonces, empezando por Antonio Tovar, totalitarios confesos en esos mismos años en que